M. R. Bueno

El dragon dorado



El dragón dorado

Un relato por Sant Jordi

M. R. Bueno



Título: El dragón dorado.

© M. R. Bueno, 2025
© Ilustraciones: Merce
Independently publish.
ISBN: 9798319241849

® Reservados todos los derechos.
Queda prohibida la reproducción, el almacenamiento en memoria electrónica o la transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, de fotocopiado, grabación, etc., de la totalidad o parte de esta publicación sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Nota de la autora

Nota de la autora

Habrá quien no esté familiarizado con la leyenda de Sant Jordi, así que os hago un breve resumen para que no os perdáis ciertos detalles de la historia.

Cuenta la leyenda que, hace mucho tiempo, un terrible dragón tenía aterrorizado a un pueblo de Cataluña llamado Montblanc. Causaba estragos por donde pasaba, quemaba cultivos y devoraba al ganado.

Para aplacar su furia y mantenerlo alejado de sus murallas, los habitantes decidieron alimentarlo a diario. Pero cuando las ovejas, las gallinas y demás animales se acabaron, no tuvieron más remedio que sacrificarse ellos mismos.

Se dictaminó entonces que cada día le entregarían a una persona al azar, incluidos el rey y su hija. Y así lo hicieron hasta que un día salió el nombre de la princesa.

El rey lloró y suplicó a sus súbditos, pero no sirvió de nada. Y, cuando la princesa iba a ser devorada por el dragón, apareció Sant Jordi con su brillante armadura y venció al dragón.

De la sangre del dragón derramada en el suelo, brotó un rosal de rosas rojas, y Sant Jordi obsequió a la princesa con una de esas rosas.

Desde entonces, en Cataluña es tradición que el chico regale una rosa a la persona amada el día del patrón. Además, ese día es el Día Internacional del Libro, por lo que también es costumbre que la chica le regale a él un libro.

Seguro que algunas habéis pensado: «Yo prefiero el libro»… yo también.

Para Maripaz.
Esta historia surgió porque tú creíste
en mi capacidad para ganar un concurso.
Al final no participé porque el número
de palabras se me fue de las manos;
la imaginación no entiende de límites
ni de fronteras, como Fantasía de Ende.

«El fuego no daña a quien
renace de las cenizas».

Desconocido.

Sin que haya sonado la alarma, abro los ojos al mejor día de todo el año.

Tengo que trabajar, pero hoy el recorrido desde casa hasta el trabajo tendrá otro ambiente. Miles de personas llenarán las calles, otro color pintará esas calles y un olor distinto impregnará el aire; el de los millones de libros y rosas que inundarán la ciudad.

Duchado y vestido, salgo y me encuentro a Naïs en la cocina desayunando. Frente a un tazón de fruta, se ríe cuando se fija en mi camiseta.

—¿En serio? —pregunta con guasa.

—¡Injusticia! —exclamo al mismo tiempo que levanto el brazo con la mano cerrada en un puño.

Ella se carcajea.

—Te van a mirar mal. Martí no te va a dejar trabajar así—bromea.

Me escandalizo de forma muy teatral.

—No debería. Su norma es que estás exento de ponerte el uniforme solo si el vestuario elegido va acorde con la fiesta que se celebra. Además, hoy le estoy haciendo un favor. Me adora.

—Tu vestuario elegido es un grito de guerra *contra* la fiesta que se celebra—enfatiza, señalando la camiseta.

—En absoluto. Solo pido respeto —declaro mientras meto el pan en la tostadora—. Está feo hacer leña del árbol caído.

—¿Leña del árbol caído?

—Comerciamos con su sangre —argumento.

Vuelve a reírse.

—Solo tú podías verlo así. Nada más te falta crear una plataforma reivindicativa pidiendo respeto —se burla.

Me giro, pensativo, y me apoyo en la encimera.

—¿Debería hacer chapas? —bromeo antes de meterme una tostada en la boca.

Ella vuelve a reírse a carcajadas.

—Con esa frase, arrasarías —responde, señalando mi camiseta.

Sonrío, cojo la otra tostada y una manzana, y me acerco a ella.

—Te veo luego, preciosa. Feliz día del libro. —La beso en la frente y salgo de la cocina.

—Supongo que este año tampoco tendré rosa, ¿no? —pregunta, echando la silla hacia atrás para que la vea, cuando estoy cogiendo las llaves.

—Supones bien —respondo y le guiño un ojo antes de salir, dejando su risa tras la puerta.

***

Hace un día precioso de primavera, así que Barcelona está radiante y bulliciosa. Cuando me encaro con las Ramblas, mi sonrisa se ensancha.

No cabe ni un alfiler; me encanta. Hay tramos donde prácticamente ni te puedes mover de la gente que hay apiñada. Y te pisan, y te aplastan, y te empujan. Y, en uno de esos empujones, acabo chocando con un chico que lleva un montón de rosas rojas envueltas en papel celofán.

—Lo siento —me disculpo cuando me separo un poco de él.

Con una sonrisa muy descarada, me escanea de arriba abajo.

—Te perdono si me compras una rosa.

Yo, más descarado aún, le señalo mi camiseta.

—Tendré que vivir sin tu perdón.

—«¡Que ardan las rosas!» —lee. Acompaña al grito de guerra el dibujo de una rosa en llamas, tras la que se ven los ojos de un dragón muy cabreado.

—Lo siento —me disculpo de nuevo antes de dar media vuelta para largarme; al final voy a llegar tarde al trabajo.

—¡Dime tu nombre al menos! —me pide cuando me alejo.

Me giro de nuevo. Su sonrisa se ha vuelto más descarada aún.

¿Está ligando conmigo?

Paso.

Le guiño un ojo y me alejo Rambla abajo. Me olvido de lo sucedido. Me vuelvo a sumergir en el ambiente y floto entre la marea literaria hasta llegar a mi destino.

Cuando atravieso la puerta de la cafetería en la que trabajo, Martí, mi jefe, me mira y se ríe. Su semblante está muy lejos de ser de

enfado. Cuando paso al lado de mi compañera de trabajo, Gala, me levanta el puño y chocamos los nudillos.

—Solo tú te pondrías a favor del dragón el día de Sant Jordi.

Entro riéndome a dejar la chaqueta y a coger el delantal.

Me paso la mañana escuchando a la gente hablar de libros y sirviendo cafés. Miro sus compras y hablo con aquellos que han comprado lo que me gustaría leer o he leído. Algunos miran mi camiseta con diversión y otros con recelo. Son cerca de las doce del mediodía cuando lo veo sentado en una mesa.

El destino, supongo.

Sonriendo, me acerco a él.

—Hola —saludo y miro las rosas que ha dejado encima de una silla—. ¿Ya te has cansado de traficar?

Levanta la cabeza del teléfono y me mira. En cuanto me reconoce, vuelve a sonreír con descaro.

—Hola…

—César —me presento.

—Hola, César de la casa Targaryen, Defensor de Dragones. Soy Ivar.

Me echo a reír con ganas.

—¿Te ríes de mi nombre?

—Me río de los títulos que me has colgado. Aunque me falta un detalle muy importante para ser un Targaryen. —Me señalo el cabello negro como el carbón—. Tú nombre es muy bonito. Encantado, Ivar.

Le tiendo la mano, y él me la estrecha. Un cálido hormigueo me recorre el brazo cuando lo hace.

—¿Y por qué se supone que soy un traficante? —me pregunta tras las presentaciones.

—Todo el que vende sangre u órganos lo es.

Parece desconcertado durante unos segundos. Pero entonces mira mi camiseta de nuevo, luego las rosas, y parece entenderlo, porque sonríe y niega con la cabeza.

—Sant Jordi está considerado un héroe. Algunos dragones no son buenos.

—Ni lo niego ni lo discuto. Pero eso no significa que tengamos que faltar al respeto a su memoria y vender sus restos.

Se ríe y vuelve a renegar.

—Así que lector de fantasía, ¿eh?

—A su servicio. —Me inclino con cortesía y mucho teatro—. ¿Qué desea tomar el caballero?

—Dime cuál es tu favorito.

—¿Mi dragón favorito?

—Ajá.

Aunque no he tenido muchas parejas en mi vida, se interpretar las señales del tonteo. Pero me rompieron el corazón, así que, por iniciativa propia, hace meses que estoy fuera de cobertura. Así que dudo. Pero es que es guapo. Tiene las líneas del rostro muy marcadas, el cabello del color del fuego, pecoso, de piel clara pero tostada por el sol, y con los ojos marrón dorado. Un espécimen muy guapo, sí. Además, tiene un acento precioso y parece divertido.

—Si lo aciertas, te invito a comer —lo reto.

Una chispa de diversión brilla en sus pupilas.

—Acepto. Quiero un café con leche y un cruasán.

—Marchando.

Entusiasmado, me acerco a la barra a por su café. Hacía meses que no coqueteaba con nadie, y me ha hecho sentir bien.

—Un café con leche y un cruasán.

—¿Cómo se llama? —pregunta Gala, a mi lado, señalando hacia la calle.

Sonrío algo cortado.

—Ivar.

—Tiene nombre de vikingo. ¿El hecho de que… le hayas abierto la puerta a él puede deberse al color de su cabello?

—¿La puerta? ¿Qué puerta?

—Al amor. Llevabas meses encerrado. Estábamos a punto de ir a buscarte con un ariete.

¿Amor?

Me río y miro de nuevo al chico de la mesa siete.

—Será la primavera, que la sangre altera —bromeo. No quiero ni pensar en por quién cerré esa puerta.

—Me alegro por ti —me dice antes de darme un leve empujón con el brazo.

Pongo en la bandeja el café con leche y el cruasán que Martí me ha dejado en la barra y me voy hacia la calle.

Cuando me ve dejar su pedido sobre la mesa, me mira con curiosidad.

—Kalessin. El dragón misterioso —dice cuando acabo de dejarlo todo.

Me echo a reír.

—¿El dragón que podría ser el creador de todas las tierras de Terramar? —Asiente—. No. Me gusta, pero no es mi favorito.

—Vaya —se lamenta—. ¿Drogon? El dragón que reduce el trono de hierro a una masa de metal incandescente, como esa rosa tuya. —Señala la camiseta con un gesto de la cabeza.

Sonrío, enigmático. Pero luego finjo que me pongo serio.

—¿Tengo que limitarte las respuestas? Porque no vale con que te pongas a nombrar a todos los dragones que existen en la literatura, el cine, las series y los videojuegos. Así también lo adivino yo. ¿O es un despliegue de sabiduría para tratar de impresionarme, como método de cortejo?

Su pelo, que a la luz del sol refulge, hace más intensa esa sonrisa canalla.

—¿Funciona? —pregunta con curiosidad.

—Podría.

—Si no fuera porque…

Porque ya me dejé impresionar hace tiempo. Y lo encumbré tan alto que la hostia que me di fue proporcional a la altura a la que lo había subido: grande y muy dolorosa.

—Porque ya no me dejo impresionar con facilidad —contesto—. Pero, venga, no seré yo quien te impida intentarlo. No es ninguno de los dragones de Martin, por cierto —añado antes de marcharme.

Me doy media vuelta y me dirijo a la mesa de otra pareja que acaba de llegar. Y durante otra media hora, él me observa mientras se toma su café, y yo hago mi trabajo. Al cabo de esa media hora, me llama.

—¿Cuánto tiempo puedo estar aquí sin pedir nada más antes de que tu jefe me eche?

Miro hacia el interior de la cafetería, desde donde Gala y Martí nos observan con curiosidad en este preciso instante.

Trabajo aquí desde que empecé la carrera hace más de cinco años. Martí es casi como un hermano para mí. Me conoce en casi todos los aspectos de mi vida. En su día fue mi paño de lágrimas. Y ya se ha dado cuenta de que este chico me atrae, no hará nada.

—Eternamente. Creo que incluso han hecho apuestas.

—¿Y en base a qué apuestan?

—Aún a riesgo de que te levantes de esta silla y salgas corriendo, te diré que estoy seguro de que han apostado en base a tu capacidad para seducirme.

Mira él también hacia el interior de la cafetería, y su mirada cambia. Creo ver el atisbo de algo demasiado serio. No parece que le haya gustado mucho que hayan apostado.

—Olvida lo que te he dicho —le pido al instante—. Y disculpa si te ha molestado. No creas que lo hacen porque se toman todo esto a broma. Lo hacen porque… —Me callo de golpe.

¿*Todo esto*?

No sé ni lo que estoy diciendo. No sé ni por qué le estoy dando explicaciones. No voy a hablar de mi mierda de vida sentimental con un desconocido.

—Puedes quedarte un rato, no te preocupes —digo sin más antes de darme la vuelta para seguir con mi trabajo.

—Oye, espera —me llama. Me detengo y lo miro—. No me has dejado decirte el dragón que creo que es tu favorito.

Me abrazo a la bandeja y espero.

—Draco. Como fiel defensor de los dragones, este tiene que significar algo para ti.

—El último dragón, aquel al que su sacrificio le cuesta la vida. Fue uno de los dragones más importantes de mi infancia —contesto casi sin mirarlo—. Si tuviera que hacer un podio, sin duda, él ocuparía un lugar, pero no el primero. No es mi favorito.

—«¿Qué haremos sin ti? ¿Hacia dónde miraremos?» —recita.

Lo miro intensamente. Esa escena me hizo llorar muchas veces cuando era solo un crío que ya soñaba con dragones. Desde luego, ha elegido un tema muy especial para seducirme… si es lo que está haciendo. Solo espero no estar equivocándome de nuevo.

—«Hacia las estrellas, Bowen. Hacia las estrellas» —concluyo mientras él me observa en silencio.

Un poco sobrecogido por la intensidad de este momento, me doy la vuelta y me meto en la cafetería. Paso de largo de la barra y me dirijo hacia el interior.

—César, ¿estás bien? —me pregunta Gala.

No me detengo, tan solo asiento y no paro hasta llegar al patio interior que tiene el edificio, al que solo se puede acceder desde el negocio del bajo. Me apoyo sobre la pared e intento calmar la ansiedad.

—Eh, ¿qué pasa? —me pregunta Gala, sobresaltándome.

—Nada —miento.

Permanecemos un par de minutos en silencio.

—No puedes permitirle que siga teniendo este poder sobre ti —acaba diciendo ella.

—No le estoy permitiendo nada —replico—. Es solo que…

—Temes volver a equivocarte.

Me llevo los dedos al puente de la nariz y presiono sobre los lagrimales, intentando sujetarlas.

—Alguna vez has de volver a intentarlo. Volver a dejar que te quieran.

—Él nunca me quiso.

—No estoy hablando de él. Hablo de ti mismo.

Me doblo y apoyo las manos en las rodillas.

—Dale una oportunidad.

—¿Me dices eso porque has apostado a favor de que consigue seducirme? —le recrimino. Y sé que no he medido el tono de mis palabras en el momento en que noto como se yergue a mi lado, como si le hubiera dado una bofetada.

—Te digo eso porque he visto algo especial entre vosotros —contesta, bastante molesta—. Y no hemos apostado nada. Hay cosas

que no son motivo de apuesta, César —añade antes de volver a dejarme solo con mis mierdas.

—Joder —susurro—. Soy imbécil.

Cuando vuelvo a salir a la terraza, me siento muy estúpido por lo que ha ocurrido, así que me mantengo alejado de él durante un rato. Intento volver a sentirme como antes de empezar a hablar de dragones, cuando mi máxima felicidad aspiraba a ser ir a comprarme algún libro al salir del trabajo.

Paso a su lado en varias ocasiones, y en las dos que me atrevo a mirarlo de reojo está leyendo, pero no logro saber el qué porque el libro no está en nuestro idioma.

No consigo relajarme. He actuado como un idiota, tanto con él como con Gala. He dado por supuestas demasiadas cosas. Y todo se debe al miedo que tengo desde el instante en que me he sentido atraído por él.

—Perdona, ¿vale? —me susurra Gala cuando estoy frente a la barra esperando a que Martí me prepare los dos cafés que le he pedido—. Me he metido donde no me habían llamado.

—No te merecías mi respuesta —la tranquilizo—. Ha sido fruto de…

—El miedo a que te hagan daño de nuevo.

Cierro los ojos y suelto el aire despacio.

—Sí —admito en voz baja.

—Tienes que liberarte. Volver a correr riesgos. No ir con expectativas. Si mañana cuando despiertes resulta que solo fue un buen polvo, pues eso que te habrás llevado.

Sonrío, pero es una sonrisa tensa. Traicionaron mi confianza, y ahora es difícil incluso dejar que se acerquen de nuevo. Odio la inseguridad que siento desde entonces.

—Gracias, Gala.

—Qué pastelones sois los dos —nos dice Martí—. No sé qué te está contando el pelirrojo, pero parecías muy contento. Y el miserable ese no se merece ni un solo pensamiento más. Sal ahí y disfruta del día. Mañana, Dios dirá.

Cojo la bandeja con los dos cafés y me dirijo a la mesa.

—Tu *cappuccino* —le digo a una chica, poniendo su café sobre la mesa — y tu *mocca* —le digo a la otra.

—Le comentaba a mi amiga que me encanta tu camiseta —me dice una de ellas. Morena, con unos ojos muy oscuros y profundos.

—Gracias.

—Y me preguntaba a qué hora sales de trabajar.

Sonrío y pienso; tanto en lo que me ha dicho Martí, como en lo que me acaba de decir ella.

A la mierda.

Me agacho hasta quedar en cuclillas frente a ella.

—Espero que no te ofendas —le digo en voz baja—, pero, cuando salga, desearía que me estuviese esperando él. —Hago un gesto discreto con la cabeza hacia Ivar. Ambas miran con disimulo y se echan a reír. Entonces, la misma que me ha preguntado a qué hora salgo, saca un bolígrafo, coge una servilleta del servilletero que hay sobre la mesa y empieza a escribir.

—Si ese no sabe valorarte, por favor, llámame. Lo pasaremos bien juntos — se ofrece, entregándome la servilleta donde ha escrito su nombre y su número de teléfono—. También puedes llamarme aunque acepte.

Confuso, frunzo el ceño y sonrío. ¿Qué me está proponiendo exactamente?

Me incorporo, agarro la servilleta y me la guardo en el bolsillo del delantal. Luego, huyo. Cuando entro en la cafetería, me escondo tras la pared, fuera del alcance visual de ambas mesas. Gala se ríe cuando me ve.

—¿Me he colgado un cartel de neón o algo así? —pregunto.

—Es esa camiseta —se burla Martí—. Te hace parecer malote.

Miro hacia abajo, hacia la rosa en llamas. Lo cierto es que no me la he puesto con esa intención, no quería llamar tanto la atención.

—No es verdad —lo contradice Gala—. Eres tú. Hoy no desprendes ese aura de «si te acercas, muerdo».

—Qué graciosa eres.

—Tiene razón. No necesitabas ninguna camiseta para eso —la apoya Martí—. Era más que evidente. Que mordías —añade, por si no me ha quedado claro.

Paso de ellos, me recompongo y vuelvo al trabajo.

Es cerca de la una y media cuando las chicas se levantan de la mesa y se despiden de mí con una sonrisa. La de la servilleta me hace además un gesto con la mano, simulando un teléfono con los dedos. «Llámame», me dicen sus labios.

Les digo adiós con la mano, recojo su mesa y sigo a lo mío. Y aunque parezca mentira, llega un momento en el que… Iba a decir que me olvido de él, pero no sería cierto. Supongo que debería decir que me acostumbro a su presencia. Por eso, me pilla totalmente desprevenido cuando me agarra con suavidad de la muñeca.

—¿Me vas a seguir ignorando? —me pregunta.

Durante unos segundos, me quedo atrapado en la calidez de su tacto.

—No te estoy…

—Te jodieron, lo he pillado.

Retiro la mano y me tenso cuando me dice eso. Y me jode que lo diga así, como si tal cosa, insinuando que es una excusa o una barrera que pongo para… «Estábamos a punto de ir a buscarte con un ariete»; un recuerdo traidor.

Suspiro.

—No tienes un lenguaje corporal muy discreto —insiste.

—No te estoy ignorando —insisto yo, aunque tenga razón—. Estoy trabajando.

—En ese caso, ¿puedes prestarme atención durante unos minutos?

Dejo la bandeja sobre su mesa y me quedo ahí parado, pero él no deja de observarme.

—Mi silencio es tu pie. —Creo que se lo digo con un poco de acritud. Pero es que hoy no encuentro el punto medio. Todo me parece genial y me apetece mucho, pero, al instante, me retraigo y quiero salir corriendo.

—Qué gracioso. Relájate que yo aún no he hecho nada para merecer tu desprecio.

Mal vamos. Y reconozco que es por mi culpa.

—Lo siento. De verdad —me disculpo. Pero no voy a dar explicaciones.

—¿A qué hora acabas?

—A las tres.

—¿No comerás hasta esa hora?

—He traído una manzana.

Por la cara que pone, creo que mi respuesta no es de su agrado. Bueno, la respuesta quizá no tanto como el tono. Ha sonado a «no necesito nada más para comer», después de que he sido yo el que (en teoría) iba a invitarlo a comer.

—Vale. Creo que ya he abusado demasiado de la confianza de tu jefe —dice mientras se guarda el teléfono en el bolsillo y recoge el libro de la mesa—. ¿Me traes la cuenta, por favor?

Ya está. La he jodido. Está claro que hoy no encuentro el equilibro. Agarro la bandeja y voy hacia la barra.

—La cuenta de la siete.

Martí me mira como si quisiera decirme algo, pero al final me entrega la cuenta sin abrir la boca; una mirada vale más que mil palabras. Cojo el datáfono y vuelvo a salir.

En el corto trayecto hasta la mesa siete, me digo que tal vez sea mejor así, que está claro que no estoy listo aún. Que, debido al miedo que tengo a que vuelvan a hacerme daño, no tengo claro cómo actuar y podría hacerle daño yo a él.

—Dos euros con ochenta —le indico, poniendo la cuenta sobre la mesa.

—Con tarjeta —me pide él después de mirarme unos segundos del mismo modo que lo ha hecho Martí, como si quisiera decirme algo.

Tecleo el importe y le dejo el datáfono sobre la mesa. Paga con el teléfono y empieza a agrupar las rosas en un ramo.

—Gracias —le digo.

—A ti —responde sin volver a mirarme.

Ambos actuamos con fingida indiferencia, como si nada de lo acontecido en las últimas horas hubiera sucedido.

Me doy media vuelta y empiezo a caminar. Arrepentido, estoy a punto de girarme para disculparme de nuevo cuando me pregunta:

—¿Me permites un dragón más?

¿Quiere eso decir que aún desea comer conmigo? Porque, si no, ¿qué sentido tendría querer adivinarlo? ¿Quiero yo que lo adivine?

Y… ¿era real el matiz de esperanza que creo haber notado en el tono de su voz?

«Decídete», me regañó a mí mismo. «No puedes estar mareando tanto la perdiz. Es simple: "Sí" o "No"».

Me giro y lo miro.

—Sí.

—Fujur, el dragón blanco de la suerte. Al que me gustaría tener ahora mismo a mi lado para seguir teniendo la oportunidad de comer contigo aunque no acierte.

—No. No has acertado. Sería el otro ocupante de mi podio, pero no el primero—le digo. Deja salir el aire despacio y sus hombros se caen un poco—. Aun así, yo también sigo queriendo comer contigo, aunque mi lenguaje corporal diga lo contrario.

La sonrisa que me dedica no es como ninguna otra de las que le he visto hasta ahora. Esta es sencilla y auténtica, incluso un poco tímida.

—Dibo te habría concedido el deseo al instante —bromeo.

Se echa a reír.

—No me digas que ese es tu dragón favorito —se burla.

—El de mi sobrina. Te puedo cantar la canción, si quieres.

Pone los ojos en blanco.

—No, gracias. Te veo luego. —Recoge las rosas y se marcha.

***

«Luego» resulta ser menos de media hora después. Que es lo que tarda en regresar con dos bolsas con hamburguesas para los cuatro.

—¿Se puede? —le pregunta a Martí, levantando las dos bolsas.

—Claro. Pero no era necesario.

—Es lo mínimo después de ocupar una mesa casi toda la mañana para tomarme un triste café con un cruasán.

Martí le sonríe con astucia, como diciendo «has hecho algo más que eso», y le indica con la mano el camino hacia el interior, donde hay una sala con una mesa y dos sillas.

—Pasa a comer con él —me dice cuando Ivar desaparece tras la puerta.

Dudo. Estoy en mi horario laboral.

—Va —me apremia—. Echas más horas de las que te pago y hoy ni siquiera deberías estar aquí. No te lo pienses tanto.

Sonrío y voy tras el pelirrojo.

—Se suponía que iba a invitarte yo —le digo cuando me siento frente a él, señalando la comida.

—¿A manzana? —ironiza.

Vale, me lo merezco. Levanto las manos en señal de rendición.

—De todas formas he fallado —argumenta—. Y no una sola vez.

—¿Dónde has dejado las rosas? —No puede ser que las haya vendido, a no ser que las haya puesto a precio de saldo o las haya regalado.

—Somos varios amigos. Luego pasaré a recogerlas.

No volvemos a hablar durante un rato. Gala entra a picotear patatas una y otra vez, y Martí a recoger su hamburguesa. Ambos le dan las gracias.

—¿Puedo tentar a la suerte de nuevo?

Levanto en su dirección la patata que tengo en la mano.

—Supongo que te lo has ganado —acepto antes de llevármela a la boca.

—Desde luego que sí —sentencia—. Pero no por la comida.

—¿Por qué dices eso?

—Te haces mucho de rogar.

No es verdad. O no lo era. Antes era una persona fácil y enamoradiza. Antes bastaba con decirme cuatro tonterías para encandilarme. Y no creo que eso haya cambiado. Es solo que estoy en fase de recuperación y tengo miedo de intentar algo de nuevo; hasta a mí me ha quedado claro que parezco una veleta movida por el viento. Y que su paciencia es loable, también.

Pero no voy a intentar explicarme. Uno no habla de lo hecho mierda que lo dejó su ex con la primera persona que llega después, el mismo día que se conocen.

Bebo un sorbo de agua cuando me dice:

—Norberto, el dragón de Hagrid.

El agua se me escapa por la boca y por la nariz como si fuera un dragón escupiendo fuego, y empiezo a toser. Se inclina y me da

suaves toquecitos en la espalda. Pero son tan suaves, que está claro que lo hace más por burlarse que por ayudar.

Me cuesta volver a respirar con normalidad y me lloran los ojos.

—No pongas esa cara —me dice con fingida inocencia—. ¿Es o no es un dragón?

—Lo es —admito—. Pero no es mi dragón favorito.

Hablamos durante un rato. Averiguo que, tal como insinuó Gala, es de descendencia nórdica; Noruega, concretamente, como Norberto. Me cuenta que vende rosas porque, como yo, está estudiando una carrera y es un dinero extra que le viene bien. Que es el menor de cuatro hermanos, pero que está solo en España.

—¿Y por qué Barcelona? Dudo que aquí haya nada que no puedas estudiar allí.

—El clima. No soy como mis hermanos. Yo soy de sangre caliente.

Tras esa confesión, ambos nos quedamos en silencio. Uno atrapado en la mirada del otro; en mi caso, sin saber qué más decir.

—Creo que debería irme. Las rosas no se venderán solas.

Carraspeo y retiro la mirada.

—Vale.

Salimos en silencio y, tras sortear las sillas y las mesas de la calle, se gira y me mira. No me dice nada más, pero levanta la mano con el índice hacia arriba y la pregunta escrita en el rostro.

¿Un dragón más?

Sonrío y asiento.

***

Cuando salgo, casi a las tres y media, me está esperando apoyado de espaldas sobre uno de los árboles que hay cerca de la terraza.

Le digo adiós a Martí y a los del turno de tarde, y Gala se despide de mí con una sonrisa traviesa.

Me acerco a él despacio y me recreo en su figura. Su postura es muy desgarbada y relajada. Quizá por eso, podría llegar a parecer que es ajeno a todo a su alrededor, pero nada más lejos de la realidad. En realidad, aunque no lo conozco bien aún, creo que es todo lo contrario; que está alerta, atento a todo.

Ahora lleva una mochila, y vuelve a llevar un puñado de rosas en la mano. Aunque estas están demasiado frescas para ser las de la mañana.

—Hola —saludo con timidez.

—Hola.

—¿Aún no has acabado? —Señalo las rosas—. Puedo echarte una mano.

Su sonrisa es instantánea. Y es difícil ignorar a quien te sonríe de ese modo.

—Interesante —susurra.

—¿Qué es interesante?

—Tú. Que, pese a tu oposición y determinación —señala mi camiseta con la mirada y un gesto de la barbilla —, estés dispuesto a traficar conmigo… por mí —me dice con picardía.

Lo miro y tuerzo el gesto; ahí me ha pillado. Él vuelve a sonreír.

—Aunque me siento muy halagado, estas no son para vender —me explica—. ¿Dónde quieres ir?

—Me gustaría cómprame algún libro.

***

Mi búsqueda, como no podía ser de otro modo, acaba con un libro de dragones que leí prestado y que tenía ganas de que fuera mío.

—Morkeleb el Negro —comenta Ivar cuando lo ve.

—Lo leí hace años, pero no era mío.

Me mira interrogante, y yo me río.

—No es mi dragón favorito.

Deambulamos de un puesto a otro, nos sumergimos entre páginas, hablamos de fantasía y magia. Acaba burlándose de mí cuando me ve comprar un libro de romance y fantasía.

—No es para mí —le explico. Pero sus burlas se intensifican—. A mi compañera Naïs le encanta el género. Y yo no regalo rosas en este día.

—¿A tú compañera Naïs?

—Sí, idiota.

Se ríe a carcajadas.

—¿Algún ilustrador de dragones favorito? —me pregunta poco después.

—John Howe —respondo al instante.

Me mira con curiosidad.

—¿Qué?

—Nada. Estoy pensando en Tolkien. ¿Glaurung, el dragón sin alas, padre de los dragones?

Sonrío, enigmático.

—No. Y tampoco lo es Smaug.

—Eres un chico difícil. Seguro que es un dragón que no conoce nadie.

—Oh, sí que lo conocen —le garantizo.

Hace un mohín y a mí me da la risa.

—¿En uno de esos libros de *romantasy* que lee… Naïs? —me provoca cuando me río.

Pongo los ojos en blanco.

—No, idiota. Y que ella no te escuche hablar en ese tono de sus libros y sus dragones, o te despedazará.

Durante otro rato paseamos entre la marea de gente, pero, cuando empieza a bajar el sol, se acerca a mí y me pregunta:

—¿Quieres seguir mirando libros? ¿O puedo proponerte algo?

No sé si es por la intensidad de su mirada o el cambio en el tono de su voz, pero me pongo nervioso.

—Te escucho.

—Quiero llevarte a un lugar. ¿Me dejas? —Tras la última pregunta, extiende la mano hacia mí.

Bajo la mirada hacia esa mano y, sin pensarlo demasiado, alargo la mía y lo agarro.

Tira de mí y echamos a correr.

***

«Un lugar» resulta ser el espigón que hay entre la playa de la Barceloneta y la playa de San Sebastián, al que es difícil acceder sin mojarse los pies… y puede que incluso el culo, según esté la marea.

Reacio, me quito las zapatillas y me remango los pantalones cuando veo que lo hace él; no puedo dejar de mirar a mi alrededor

porque estoy seguro de que nos van a llamar la atención. Es un sitio peligroso, no creo que esté permitido estar aquí.

Aun así, una vez descalzos, me agarra de nuevo de la mano y me arrastra hacia el interior. Con cuidado, alcanzamos el extremo derecho del espigón, se sienta sobre una de las piedras cuadradas y yo lo imito. Abre la mochila, saca una especie de servilletero de madera y, con destreza, enrosca en su interior las espigas que se utilizan para adornar las rosas.

Me tiene muy flipado, la verdad.

—¿Listo?

—¿Para qué?

—Vamos a celebrar un funeral vikingo.

No sé si reírme o flipar más todavía.

—¿Y a quién vamos a quemar?

Entonces coge una rosa, le corta el tallo y la pone sobre la cama de espigas.

—Al dragón caído.

Vale, ahora no sé si seguir flipando o llorar de emoción.

Entonces me tiende una rosa, que yo acepto. Con la misma solemnidad que él, le corto el tallo y la dejo sobre las espigas, junto a la otra. Cuando la pila es tan alta que se caen por los lados, me tiende una caja de cerillas. Al ir a cogerlas, nuestras manos se rozan y yo lo miro embelesado.

No me puedo creer que haya preparado todo esto para mí. Pasan segundos hasta que consigo volver a hilar pensamientos con coherencia… y cerrar la boca. La tengo seca y trato de tragar saliva. Desvío la mirada y, con las manos temblorosas, trato de encender una cerilla, pero la brisa me la apaga una y otra vez.

El corazón se me desboca cuando él pone sus manos sobre las mías, formando una cueva, para evitar que se apague de nuevo.

Las espigas están secas, así que no tardan nada en prender. Y el olor a rosa quemada se extiende enseguida a nuestro alrededor.

—Es hipnótico —susurro mientras observo las llamas.

—El fuego simboliza el cambio, la purificación y el sacrificio. Ni sólido ni líquido ni gas… El fuego es pura magia.

—Y quemar rosas un ritual para atraer el amor —añado sin pensar, totalmente embelesado con las llamas.

Cuando soy consciente de lo que acabo de decir, para ignorar que me está mirando, cojo la pira funeraria improvisada y la poso sobre la superficie del mar.

Hoy el Mediterráneo está tranquilo, así que las olas la zarandean con suavidad. Cuando empieza a alejarse, cojo una de las rosas que han sobrado, le arranco los pétalos y los tiro al mar.

Durante un buen rato, las olas nos los devuelven una y otra vez. En silencio, nosotros los observamos irse y volver. La pira funeraria ha desaparecido; no sé si porque la han apagado las olas, si porque se ha hundido o porque ya está más allá del horizonte.

—Has quemado tus beneficios —susurro sin dejar de mirar el mar.

—Hasta encontrarte en la cafetería, la mañana no iba mal.

Estoy seguro de que sí. De que con esa sonrisa suya ha engatusado a muchos.

—En cualquier caso —continúa—, ha merecido la pena solo por ver la cara que has puesto.

Lo miro y sonrío algo cohibido.

—¿Puedo preguntarte por qué te has quedado tan serio cuando te he dicho que Martí y Gala habían apostado si serías capaz de seducirme? —me atrevo a preguntar entonces.

—No me parece bien que se apueste sobre sentimientos. Menos aún si son conscientes de tu situación.

Tiro de un hilo invisible de mi pantalón antes de volver a mirarlo.

—Mientras trabajamos, solemos apostar sobre cosas de nuestros clientes. Sobre a qué se dedican, si están casados, si la persona que los acompaña es un amigo o un amante; hace que el turno sea más divertido —le explico—. Mi inseguridad me ha llevado a sacar conclusiones aceleradas. No habían apostado nada.

Nos miramos fijamente durante largos segundos.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta personal?

—Sí —respondo.

—¿Puedo preguntarte qué te pasó?

Desvío la mirada hacia el suelo y rozo las piedras con los pies. Están frías y húmedas.

Aún recuerdo aquel día, cuando aparecí por sorpresa en casa y me lo encontré con aquel chico… Recuerdo su cara de sorpresa, la de ambos; aquel chico de cabello rubio y rizado, con la culpabilidad reflejada en el rostro, parecía saber tan poco de mí como yo de él.

—Nada del otro mundo, en realidad. Algo muy típico. Me pusieron los cuernos dos semanas antes de casarnos.

No lo miro a la cara, pero sé que el último dato le sorprende.

—¿Qué edad tienes? —pregunta con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Parezco muy joven como para querer unirme a otra persona de por vida?

—Sí, la verdad.

—Tengo veinticuatro años. Pero llevábamos cinco de relación. Tres viviendo juntos. Parecía un paso en la dirección correcta.

—¿Aún le amas?

—No. —Mi respuesta es directa y muy sincera. Cuando te traicionan de ese modo, cualquier cosa que pueda unirte a esa persona se rompe de manera irreparable.

Guarda silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—En la cafetería parecía que…

Lo miro; primero a los ojos, después, los labios. El sol está a punto de ponerse, por lo que el color de su pelo naranja se intensifica y su piel adopta una tonalidad muy cálida, como el oro.

—Cuando tienes un accidente de tráfico en el que vas de pasajero, tras recuperarte, aceptas que, aunque la culpa fuera del conductor, todos somos humanos y cometemos errores. Sigues vivo y avanzas. Pero es inevitable el miedo que sientes la primera vez que te subes de nuevo a un coche.

Durante unos segundos la distancia entre los dos parece reducirse. Pero no es así, me doy cuenta de que son las ganas que tengo de que eso suceda.

—¿Puede ser que tu dragón favorito sea precisamente ese al que hoy defiendes? —me pregunta, señalando mi camiseta—. ¿El dragón sin nombre al que la historia de este día trata tan mal?

—No —susurro antes de hacer desaparecer la distancia que nos separa y besarlo.

En cuanto mis labios rozan los suyos, sus manos rodean mi rostro y toma el control.

Es cálido, muy cálido, nunca había besado unos labios así. Pero no es suave ni dulce, más bien todo lo contrario. A pesar de que nos hemos conocido hoy, es como si hubiera estado esperando meses o años para hacerlo. Y su pasión e intensidad hacen que yo también pierda el control.

Cuando su lengua y la mía se encuentran, salta la chispa que produce la reacción. Juntos somos química. Él el comburente y yo el combustible.

Su beso es ardiente, sus dedos son como ascuas, su aliento como vapor de agua hirviendo y su lengua como la lava de un volcán.

Ivar es fuego, y siento que ardo con él. Nunca nadie me había hecho sentir tan caliente con tan solo un beso.

Por eso, las palabras brotan de mis labios en cuanto se aparta brevemente de mí.

—¿Quieres ir a un lugar más tranquilo? —pregunto. La brisa enfría mis labios húmedos.

—Este sitio es muy tranquilo —susurra.

Me está poniendo a prueba. No lo conozco mucho, pero sí lo suficiente como para saber que busca una respuesta o pregunta más clara.

Es justo. Soy el que más difícil lo ha puesto a lo largo del día, el que debe dejar claro lo que quiere y hasta dónde está dispuesto a llegar. Y, contrario a lo que hubiera pensado, creído o respondido al despertar, ahora mismo estoy dispuesto a llegar hasta el final.

—Uno más íntimo —aclaro.

—¿Cómo de íntimo?

No sé qué es esto que estamos haciendo, si volveré a verlo en cualquier futuro; ya sea cercano o lejano. Y aunque tuve una relación muy duradera en el pasado, no soy un santo. No será la primera vez que paso la noche con un chico al que acabo de conocer.

—¿Quieres venir a mi casa? Te daré una última oportunidad; el último dragón —bromeo.

Él sonríe sobre mis labios.

***

—¿Naïs? —pregunto al entrar.

Me responde el silencio…

… e Ivar y yo retomamos lo que dejamos a medias en la playa… y después en la calle… y más tarde en el portal de mi edificio… y hace unos minutos en el ascensor… y hace unos segundos en la entrada del piso.

Nos arrojamos el uno a por el otro con ímpetu, pero el que acaba contra la pared soy yo. Nos besamos con pasión mientras nos arrancamos la ropa el uno al otro. Cuando le saco la camiseta, intento empujarlo yo a él, pero no me deja. Me pone la mano en el pecho, sobre la rosa de la camiseta, y siento el calor de su tacto en la piel.

No cruzamos ni una palabra. Me mira; hay una orden tácita en su expresión. Levanto las manos en señal de rendición, y sonríe burlón.

Lo dejo llevar el mando, así que, tras quitarme la camiseta, me da la vuelta con rudeza y vuelve a estamparme contra la pared. Su aliento abrasador desciende desde mi cuello hasta la apertura entre mis nalgas dejando un reguero de calor. Jadeo cuando, después de quitarme del todo los pantalones y la ropa interior, lame sin consideración. El calor de su lengua se extiende por mi cuerpo como una onda expansiva.

—Oh, joder —jadeo con la frente pegada a la pared.

Es exhaustivo si tenemos en cuenta la fiereza con la que hemos empezado, pero llevo demasiados meses a dos velas y, si sigue así, me correré contra la pared en un abrir y cerrar de ojos.

—Ivar… —jadeo—, joder… para.

Sus manos ascienden por mi espalda junto a sus besos.

—Dime qué quieres —susurra pegado a mi oído, empujando su erección contra mi culo.

—Que me quites las telarañas —bromeo—. Pero que lo hagas más despacio, o me correré enseguida.

Noto cómo sonríe sobre mi piel antes de escuchar la cremallera el pantalón y cómo rasga el envoltorio de un condón después.

—Eres demasiado joven y guapo para estar en desuso —me dice antes de empezar a empujar—. Y este culo demasiado perfecto —añade, separándome las nalgas con las manos.

Ni puto caso me hace. Gruño y golpeo la pared cuando se cuela hasta el fondo.

Joder, de verdad que hacía demasiado tiempo.

Se mueve despacio para que me relaje y me adapte. Y cuando estoy empezando a sentir placer más que cualquier otra cosa…

… escuchamos abrirse la puerta de la calle.

—Mierda —murmura Ivar al mismo tiempo que se retira.

Riéndome, lo agarro de la mano y tiro de él hacia mi habitación.

Apoyo la espalda contra la puerta cuando la cierro y pego la oreja para escuchar.

—¿César? —me llama Naïs al entrar—. ¿Estás en…?

Silencio y después risas.

—Mierda —murmuro y miro a Ivar—, creo que ha descubierto nuestro rastro.

Él intenta no reírse, pero no puede. Tras él me río yo.

Vuelvo a agarrarlo de la mano y lo llevo hasta la cama, donde reanudamos lo que nos hemos visto obligados a dejar a medias otra vez. Bastan unos besos para entrar de nuevo en calor. Para que me empuje de nuevo bajo su ímpetu; esta vez mirándonos a los ojos y comiéndonos la boca, con los dedos entrelazados por encima de mi cabeza.

Estoy a punto de correrme, vergonzosamente rápido, cuando se detiene.

—Aún no —susurra con su cálido aliento sobre mis labios—. No tenemos prisa, ¿verdad?

—No —jadeo.

—Bien. —Y vuelve a moverse; esta vez más despacio, indecentemente despacio.

Había olvidado el placer que provoca compartir el placer.

Siento como se me crispan los dedos de los pies, el sudor que empieza a cubrir nuestra piel, los escalofríos cuando me acaricia. Ardo cuando rodeo sus nalgas con mis piernas para que empuje más y su cintura con las manos para que ejerza más presión entre su

abdomen y el mío, donde la fricción está a punto de hacerme combustionar.

—Ivar… —suplico cuando, no sé cuánto tiempo después, siento que voy a explotar.

Acentúa y acelera los movimientos de sus caderas y vuelve a besarme con pasión.

Me olvido por completo de dónde estoy y del día en el que vivo cuando empiezo a correrme ruidosamente.

Ni diez segundos después lo hace él.

Tras la tempestad llega la calma y se deja caer sobre mi cuerpo. Lo hago rodar y nos quedamos frente a frente.

Nos miramos durante unos segundos. Segundos en los que temo que esto se acabe aquí, que, una vez llevada a su culminación, él y yo no seamos nada más allá de la (más que evidente) atracción sexual.

—¿Tienes hambre? —se me ocurre. Tal vez llenando el estómago…

Esboza una amplia sonrisa.

—Acabó de hacer un gran esfuerzo en el que he quemado una gran cantidad de energía, ¿tú qué crees?

Me río con ganas.

—Vale.

Me levanto, saco un rollo de papel higiénico del cajón para limpiarme y se lo tiendo. Me pongo ropa interior limpia y una camiseta.

—El baño es la primera puerta a la derecha —le informo antes de salir de la habitación.

—No traigas manzanas —lo escucho burlarse cuando ya estoy en el pasillo. Aun así, me da tiempo a asomar el dedo corazón por el marco de la puerta. Él se ríe a carcajadas.

Cuando entro en el salón, me encuentro a Naïs estudiando; se suponía que yo iba a estar ahí con ella. Me mira, pero no dice nada; de nuevo hoy, una mirada me dice más que mil palabras. Solo hay que verle la cara, a punto de echarse a reír.

—No me lo digas. Mmm… La camiseta —bromea.

Sonrío.

—¿Dónde está…?

—Ahí… —me señala la silla donde ha dejado toda la ropa— y en la basura.

¿En la basura? Estoy a punto de preguntarle qué es lo que ha tirado cuando caigo en la cuenta de que Ivar ha entrado ya en mi habitación con el condón puesto.

Enrojezco y vuelvo a guardar silencio. Ella casi no puede contener la risa.

—Había prisa, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco y le acerco su libro.

—Toma y calla.

Se carcajea y abre el paquete.

—Creo que nos conocemos demasiado —comenta con una sonrisa al ver el libro—. Gracias.

—Estoy de acuerdo —afirmo, yendo en dirección a la nevera.

—¿Es guapo?

Sonrío y empiezo a llenar un plato con todo lo que pillo.

—¿Puedo llevarme la pizza?

—Yo he preguntado primero.

Un carraspeo nos hace girar a ambos la cabeza hacia el arco que separa la cocina del pasillo y del salón.

—Júzgalo tú misma —me burlo cuando veo esa sonrisa canalla en los labios de Ivar, que se acerca a ella en ropa interior (mía, por cierto) con naturalidad, como si fuese así por la vida; casi en bolas.

—Ivar. —Extiende la mano hacia ella.

—Naïs. —Le devuelve el saludo. Roja como un tomate, por cierto.

—Siento el desastre.

—N-no importa.

—La chica del *romantasy*, ¿no?

Al instante se yergue y, de forma inconsciente, pone la mano sobre el libro que le he comprado.

—Esa soy yo —contesta, dispuesta a saltarle a la yugular por el tono con el que ha dicho la palabra—. ¿Has ido a buscarlo al Yermo de Aiel? —me pregunta a mí para picarlo.

—¡Au! Esta rosa tiene espinas —bromea él, dirigiéndose a mí, mientras Naïs enrojece más aún.

Me hecho a reír; no lo había pensado, pero es que ella es más mordaz que yo.

—Por cierto, ¿puede ser que sea el dragón renacido? —me pregunta él.

Niego y tiro de él.

—No te lo tendré en cuenta porque no es un dragón como tal— bromeo—. Anda, coge la ropa —le pido antes de instarlo a volver a la habitación.

—Encantado, Naïs —exclama ya por el pasillo.

—Igualmente, Ivar —responde ella al mismo tiempo que me hace un gesto con la mano. «Guau», me dicen sus labios.

Paso de ella, cojo dos refrescos y me voy yo también a la habitación; Ivar ya está en la cama cuando entro. Me siento a su lado, pongo el plato entre los dos y le entrego un refresco. Cuando estamos picoteando, señala el gran montón de apuntes que hay sobre mi escritorio.

—¿Qué estudias?

—Estoy acabando medicina. Después quiero especializarme en cardiología.

—Médico del corazón, ¿eh?

Sonrío por el tono con el que lo ha dicho, como si hablase de algo abstracto.

—A nivel físico. Aurículas, ventrículos, válvulas. A nivel espiritual no hay quien lo entienda. —Sonríe—. ¿Y tú?

—Bioquímica y Genética Molecular. —Algo ha cambiado en el tono de su voz.

—¿Puedo saber la razón? —Después de años en medicina, he aprendido que en muchos de los casos, tras el estudio de carreras tan complejas, hay objetivos muy personales. Como en mi caso, por ejemplo.

Gira la cabeza y me mira muy serio.

—Necesito respuestas.

La suya es muy vaga, pero no voy a insistir.

—A veces, sacárselas a la naturaleza no es sencillo.

—Ya. ¿Quieres que me vaya? —pregunta sin más, obviamente, zanjando el tema de conversación.

Ha sido una conversación breve que se ha cortado en cuanto hemos empezado a profundizar, pero no hay incomodidad ni tirantez entre nosotros; no por mi parte, al menos. Me siento cómodo a su lado, como si, a pesar de no saber casi nada de él, lo conociese desde hace tiempo… o quisiera tomarme con calma el hacerlo. Así que no me lo pienso demasiado. Cojo el plato vacío, lo pongo sobre la mesita de noche, me quito la ropa interior y la camiseta de nuevo, y me subo a horcajadas sobre sus caderas. Él me recibe poniendo las manos sobre mis muslos y con una sonrisa de satisfacción.

—Quiero una segunda ronda —expreso antes de besarlo—. Esta vez me toca a mí. —Sonríe sobre mis labios—. Después, puedes quedarte si lo deseas.

—¿Y el último dragón?

—Mañana, si no te vas —susurro antes de volver a besarlo.

***

Me despierto al escuchar la puerta cuando Naïs se marcha. La luz del sol incide sobre mi pierna, dándome calor. Pero estoy desnudo, y en el resto del cuerpo siento frío. Por eso, extiendo la mano hacia atrás, buscando el cuerpo en el que ardí y con el que ardí anoche, tres veces más después de la primera, hasta bien entrada la madrugada. Mis dedos rozan su piel a escasos centímetros de la mía.

Retiro los dedos al notar cómo se mueve detrás de mí. No tardo en sentir su cuerpo desnudo, que al instante le entrega su calor al mío, y su mano se desliza alrededor de mi cintura. Me provoca un escalofrío cuando sus labios rozan mi oreja.

—Villentretenmerth —susurra, provocando que se me erice todo el vello de la piel—, el último de los dos únicos dragones dorados en toda la historia del Continente. Llamado Borch Tres Grajos en su forma humana y que, acompañado de dos zerrikanas, acude en ayuda de otro dragón.

El escalofrío que he sentido se intensifica y me recorre la columna vertebral de arriba abajo.

Lo sabía desde el principio; mi dragón favorito. La seguridad con la que me lo ha dicho me lo deja claro.

Con el corazón acelerado, me giro hacia él.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. ¿Te irás y no volveré a saber nada de ti?

—Solo si tú quieres que así sea.

El tiempo se queda suspendido entre nosotros; él a la espera de mi respuesta, yo armándome de valor. Porque sé que Ivar y yo podemos ser más que solo atracción física. Sé que el fuego que hacemos arder juntos puede forjar algo más.

Él también lo sabe.

—¿Puedo pedirte que no me hagas daño? —le pregunto, aunque sé que es como pedirle a un cardiólogo que tu corazón no se detenga en sus manos.

Alarga la mano y me acaricia el rostro.

—No puedo prometerte eso —susurra—. Podría ser incluso más dañino el intentar evitarlo si no funciona.

Nadie puede, ni debería, prometer algo así. Soy consciente de ello, de la magnitud de mi petición; ni yo mismo creo ser capaz de prometer algo así. Pero, aun así, no puedo evitar cierto abatimiento.

Supongo que lo percibe, porque roza mis labios y añade:

—Puedo prometerte ser siempre sincero.

¿Continuará?
Quién sabe…